



# El azar y viceversa Felipe Benítez Reyes



# El azar y viceversa

Felipe  
Benítez  
Reyes

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1349

© Felipe Benítez Reyes, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2016

ISBN: 978-84-233-4991-3

Depósito legal: B. 7.810-2016

Impreso por Black Print

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

No sé si estará usted de acuerdo conmigo, pero creo que todos llevamos una triple vida, sustentada en tres pilares: lo que creemos ser, lo que quisiéramos ser y lo que en verdad somos. La mezcla de los tres elementos suele resultar bastante mala, aunque conviene mostrarse optimista y hacerse cuanto antes a la idea de equilibrar de la mejor manera posible esa conjugación desconcertante.

Al fin y al cabo, no hay cosa que conozca uno mejor que su vida aparente y que su vida imposible, de igual modo que no hay cosa que cualquiera de nosotros conozca menos que su identidad más recóndita, ya que podemos interpretar nuestras acciones, dilucidar sus razones superficiales, incluso las intermedias, pero no su razón última, que no pasa de ser algo así como el brinco irreflexivo del arlequín: lo que hacemos y pensamos sin tener ni idea de por qué lo pensamos ni de por qué lo hacemos. Y es posible que ahí esté la clave de todo, o de casi todo: la existencia como una sucesión de piruetas aleatorias en el vacío.

Disfrutamos de la facultad de narrarnos, aunque a través de meras anécdotas, y de sobra sabe usted que una anécdota no es más que un entresueño disfrazado de realidad, un jalón pintoresco y más o menos coherente en la gran secuencia del sinsentido. Pero lo radicalmente abstracto, ¿cómo se cuenta? Ni los mejores filósofos sirven del todo para eso.

Bien... Por suerte, no puedo creer en la predestinación: desde la cuna, yo iba para víctima colateral de la mecánica insensata del mundo, como la mayoría de la gente, pero el caso es que he sido una persona venturosa y hasta diría que tirando a feliz.

Con el paso inerte de los años, he aprendido algunas cosas, como es natural, y he vivido otras muchas, aunque, según ha demostrado esa ciencia exacta que es la desilusión, el mucho aprender no siempre sirva para la vida ni el mucho vivir enseñe en el fondo nada, ya que todo es un comienzo: cada día nos inauguramos. Los indefinidos. Los reescritos. Un documento con tachaduras y con una escritura urgente, pues la historia de cualquier existencia tiene menos que ver con la caligrafía que con la taquigrafía, y no sé si me explico: esto es el vértigo. Una carrera a ciegas en una casa de cristal, rompiendo cosas. Esto va tan rápido, en fin, que a veces tienes la impresión de que no va a acabarse nunca.

Para empezar, ¿qué sabe un adulto de su niñez? Pues me temo que poco más que un niño de su futuro. Con respecto al tiempo, estamos siempre entre dos fantasmagorías, y lo que nos sucedió ayer por la tarde no es menos neblinoso que lo que habrá de pasarnos mañana por la mañana. De todas formas, si no tiene usted inconveniente, le hablaré durante un rato, así por encima, de esa masa de niebla que he ido dejando atrás, a pesar de que comprendo que la niebla es un mal asunto de conversación.

Mi infancia (la verdadera, esa que dura hasta los ocho o nueve años, justo en el momento en que nos damos cuenta de que llorar no sirve para nada) fue como casi todas: la miniatura de un mundo en el que los muñecos hablan con nuestra voz y los jinetes de plástico recorren un desierto infinito en el espacio de una baldosa. Fue también, claro está, el ámbito de los monstruos invisibles, tanto en el sueño como en la vigilia, aunque mi infancia tuvo un monstruo de carne y hueso: aquel hombre que iba siem-

pre descalzo, con los pies hinchados y costrosos, enorme y bamboleante, con la mano eternamente extendida, invocando caridad, y al que llamaban —nunca he sabido por qué— el Florentino, dedicado a rondar por las calles como una criatura deforme escapada de un cuento infantil. El Florentino nos sobresaltaba cuando aparecía por la plazuela en que jugábamos a los futbolistas, a los toreros o al circo romano y se quedaba mirándonos con asombro, como si no diese crédito a nuestra alegría, con sus ojos de un celeste aterrador, tirando a la transparencia, y se espesaban entonces el aire y el tiempo: «¡Que viene el Florentino!», nuestro terror portátil.

«Un día muy lejano, la mar se nos morirá», me decía mi padre, entre la pesadumbre y la videncia catastrofista, y yo imaginaba que el cadáver de la mar sería una superficie mansa y estática, sin oleaje y silente, hasta que fuera consumiéndose, evaporándose hasta la última gota, y dejara al descubierto una planicie sin fin atestada de esqueletos de ballenas y de cascos de embarcaciones naufragas, de calaveras y tesoros, como una tierra novedosa y espectral de promisión. Pero el caso es que la mar sigue ahí, envenenada pero viva, y que mi padre se me murió muy pronto. Lo tengo en la memoria como una especie de presencia volatizada, con esa indefinición de todo lo que se mueve en la línea medianera entre lo fingido y lo verdadero, aunque le dio tiempo a revelarme algunos de los secretos de la mar, que pueden ser insondables si uno no consigue establecer un patrón para ese misterio en movimiento perenne, y en eso la mar se parece mucho a la vida, por lo que ambas tienen de prodigios inestables. El patrón que me sugirió era sencillo, aplicable a la mar inmensa y, por extensión, a las cosas restantes del universo, incluidas las intangibles: dejarme fascinar por todo sin caer en la ansiedad de pretender poseerlo, de querer interpretarlo ni de procurar trascenderlo. («No estamos en el mundo para que nos den un diploma de especialistas en el mun-

do», me repetía.) Adopté ese patrón y no me ha ido mal, aunque reconozco que con demasiada frecuencia el pensamiento se me va por sus caminos peculiares, que suelen ser los propios de los laberintos.

Miguel Escribano Beltrami, que así se llamaba mi padre, trabajó de muchacho en la tienda de tejidos de mi abuelo y luego apenas un par de años en una caja de ahorros, tarea que complementaba con la de llevar la contabilidad pequeña de algunos comercios. Murió a los treinta y cuatro años, cuando yo tenía doce, y nunca he sabido resignarme a esa esfumación suya tan temprana. Es una figura borrosa de la que me acuerdo casi a diario: una especie de pincelada de humo en el aire, con su traje de alpaca gris —que es con el que casi siempre me lo represento, no sé por qué, ya que tenía otros, claro está— o a veces, más raramente, con la guayabera blanca de los veranos, que venía a ser el disfraz de indiano próspero de casi todos los padres, que con aquella prenda introducían una reminiscencia de ultramar en nuestros meses de calor. El tiempo traza, eso sí, perspectivas deformantes: cuando llega el momento en que recuerdas a tu padre difunto como alguien más joven que tú, la secuencia lógica del tiempo se desarticula y tienes la impresión desatinada de que el huérfano es él. Afortunados, en fin, quienes puedan recordar a sus progenitores como unos viejecillos que se despidieron poco a poco de la vida, porque en esa nostalgia habrá al menos un método, aunque es posible que no menos dolor. Tampoco menos extrañeza: la muerte es siempre rara.

Mi padre nunca se sacó el carnet de conducir, pero fantaseaba con comprarse algún día un Dodge Dart de color rojo y tenía recortada la página de una revista en la que se anunciaba un Dodge Dart de color azul. El día en que se lo llevó por delante la leucemia, la casa se nos llenó de allegados y de susurros reverenciales, como si hablasen delante de un dormido. Por falta de experiencia fúnebre, yo no sabía qué hacer, y conservo en la memoria

un detalle chocante: el ataúd tenía la misma tonalidad y el mismo brillo que nuestro mueble bar.

Mi madre, Herminia Rangel Riquelme, montó al poco de casarse una mercería a la que bautizó El Dedal de Oro, imagino que para sugerir el prestigio de las cosas que fulguran, pero no pudo resistir la competencia de El Hilo de Holanda y acabó echando el cierre cuando las cuentas sólo podían escribirse en rojo de sangre, igual que los créditos de las películas de vampiros, lo que tuvo como consecuencia el que durante años nuestra casa fuese un almacén de mercaderías inertes, pues abrías cualquier cajón y te lo encontrabas repleto de carretes de hilo, de muestrarios de botonaduras y de alfileres de novia. Poco a poco, aquellos enseres fueron desapareciendo, en parte porque mi madre cosió durante un tiempo para la calle y en parte porque los regalaba a quien se los pidiese, ya que ella fue muy de dar lo que pudiera, incluida ella misma.

A los pocos meses del cierre de El Dedal de Oro, el 25 de enero de 1958, en el 3º izquierda del número 14 de la calle Progreso, en Rota, provincia de Cádiz, a las cinco y diez de la madrugada, nací yo, Antonio Jesús Escribano Rangel. En mayo de 1962, mi madre tuvo una niña medio muerta que murió a la edad de cuatro días.

Mi padre, como he dicho, se distraía en revelarme los secretos a voces de la mar: la matemática prestidigitadora de las mareas y sus supeditaciones a los ciclos lunares, el nombre de los peces del fondo abisal y la localización de los principales arrecifes coralinos, la epopeya de las grandes batallas navales y de los naufragios más aparatosos. Muchos domingos nos íbamos a la playa, nos sentábamos en la arena seca o en los bloques del muelle, entre los pescadores de caña de bambú, y me ilustraba sobre cosas invisibles, ocultas bajo la superficie del agua o diluidas en la bruma de la historia de la humanidad. «Parece un monstruo líquido, pero es un fenómeno mecánico», me decía, orgulloso de ovillar tan finamente sus percepciones, que



acerté a interpretar mucho más tarde, pues por entonces me limitaba a memorizar aquellas frases para mí del todo herméticas, por mucho que él me las glosara, empeñado en que aprendiese. Me regaló ediciones infantiles de las aventuras de Simbad y de las malquerencias de la ballena Moby Dick, aparte de biografías ilustradas de Hernán Cortés y de Magallanes, y con aquello viajé por el tiempo, por el mundo, por la historia colectiva y por los quimerismos. Él tenía los siete tomos azules de la enciclopedia Espasa, que compró a plazos en un momento de optimismo ante la sabiduría concreta, y de ella se valía para dar autoridad a sus disquisiciones: la evolución de los aperos de pesca desde los fenicios —o por ahí— hasta nuestros días, la extensión de cada océano o la biografía intrépida de los almirantes. Tenía también un lunario perpetuo, pues le gustaba estar al corriente de ese tipo de cosas. (Cuando Armstrong pisó la luna con su traje de robot medio sonámbulo y medio acrobático, mi padre, desde su butaca de moribundo, comentó: «Parece que está andando por el fondo de la mar».)

Tendría yo cuatro o cinco años cuando mi madre, que era hija única, se quedó huérfana y heredó el derecho a arriendo del negocio de mi abuelo, que enviudó muy joven y que murió de viejo doliéndose de su soledad: un puesto de pescadería en el mercado de abastos. Intentó traspasarlo por lo que quisieran darle, al gustarle poco aquello, que al fin y al cabo era una morgue, pero, ante la falta de postulantes, acabó regentándolo ella, con lo cual se estableció en nuestra familia una especie de simetría: mi padre hablaba de la mar y mi madre vendía los cadáveres de la mar.

Ella entretenía el ensueño de descender de un tronco familiar aristocrático, de una rama tronchada de linajes principales de la provincia, por tener sus dos apellidos resonancias ilustres: Rangel, originario de un señorío luso lindante con Extremadura, con descendientes asentados

en Sanlúcar de Barrameda al servicio de la casa ducal de Medina Sidonia y emparentados en el XIX con un segundón de la casa marquesal de Benamejí, y Riquelme, prestigiado por un regidor de hidalguía probada en la chancillería de Jerez de la Frontera en el siglo XVII y criador de caballos cartujanos para suministro de las casas reales de media Europa, aunque no me haga usted mucho caso en los detalles de este particular, como nadie se lo hacía a ella, ya que el hablar de los delirios ajenos conduce de por sí a la imprecisión, sin duda porque los delirios resultan imprecisos incluso para quienes los sustentan, y mi madre liaba a veces la cadena de su estirpe. Lo más raro de todo es que mi bisabuelo materno iba por el pueblo halando de un borriquillo y pregonando la verdura de la huerta de la que era colono, y que mi abuelo, como le dije, era pescadero, de manera que mucha maña y mucha prisa tuvieron que darse los Rangel en precipitarse a la cima de la escala social, por no hablar de los Riquelme. Entre las leyendas familiares que alimentaba mi madre, destellaba con la luz de los seres mitológicos la figura de una tatarabuela suya, por la parte de los Riquelme, que había tenido cortijos y una bodega de moscatel y de anisados, hasta que se casó con un calavera bonito de Bornos, amigo de la elegancia y de la noche, que dilapidó a pulso la hacienda de nuestra antepasada. Aquel medio dandy rural fue, según ella, el culpable de la caída de la noble casa de los Riquelme, al menos en su ramificación roteña, pues había enjambres de Riquelme por el mundo que refulgían de prestigio social, de distinción y de activos y pasivos saneados, y mi madre nunca perdió la esperanza de que alguno de aquellos parientes, por fidelidad al linaje, la invitase algún día a una boda o al menos a un bautizo. Ella, en fin, se vivificaba el ánimo y su afán de mundanismo con aquellas mixtificaciones, pero el caso fue que acabó vendiendo pargos y jureles frescos de la bahía en el puesto número 7 del mercado de abastos, siempre adornada ella con sus pendientes

de oro y con su pulsera de oro con monedas de oro, que más parecía una emperatriz que jugaba a ser pescadera en una mascarada en los jardines de Versalles que una pescadera que jugaba a su modo a fingirse emperatriz, hasta el punto de que una vez se dejó engatusar por el vendedor ambulante de una empresa dedicada a la venta de escudos de armas: le encargó los de sus dos apellidos y a las pocas semanas llegaron por correo los blasones enmarcados. El de los Rangel tenía cinco flores de lis. El de los Riquelme, un casco de plata sostenido por un brazo de plata, en campo de gules. Los colgó en el salón. «De ahí venimos nosotros. No lo olvides».

Cuando murió mi padre, en nuestra casa entró por la puerta grande la melancolía y por la puerta falsa la necesidad, ya que el puesto del mercado, al estar gestionado con poca diligencia, daba para lo justo, mientras que la pensión de viudedad era poco más que calderilla. Mi abuelo paterno nos pasaba algún dinero, aunque se tardaba más en contarlo, siendo poco, que en gastarlo. Los sábados por la mañana, mi madre me ponía un guardapolvo blanco que me quedaba un poco grande, con mi nombre bordado por ella en el bolsillo del pecho, y me llevaba al mercado para que le hiciera los repartos a domicilio. Casi todos los días comíamos el sobrante de venta, y, por mucho que se cocinara, yo siempre veía en el plato un pescado muerto, con sus vísceras malolientes y sus ojos de pánico, que en eso a los peces no les gana casi nadie. Por aquel entonces hice el propósito de no llevarme a la boca ningún animal marino cuando me hiciera mayor y pudiera gobernar en mis antojos, y curiosamente es algo que he cumplido con apenas excepciones.

Uno de aquellos sábados vi una moneda en el suelo, una moneda que había rodado hasta extraviarse debajo del mostrador, ahogada en el agua turbia que se encharcaba allí. Mi madre me había reñido unos minutos antes por una tontería. No sólo compré con aquella moneda

un refresco y una chocolatina blanca, sino que también me hizo sentirme poderoso: los deseos podían cumplirse, y su cumplimiento estaba relacionado con el dinero. El sábado siguiente no esperé a que mi madre me riñera ni a que una moneda se extraviase: la cogí directamente del cajón. Y en ese momento empezaron para mí —sin yo sospecharlo— muchas cosas, tal vez demasiadas. Entre ellas, no la maldad, pero sí la inocencia del mal, por ejemplo. El mal que aún no se conoce a sí mismo. La malicia —digamos— de los ángeles. La codicia —digamos— de los ángeles.

A mis trece años, mi madre me dijo que tendría que ponerme a trabajar. Me lo dijo con la voz llorosa, aunque los ojos no le lloraban. Yo fomentaba ideales de futuro, como es lógico suponer: un día me levantaba con el afán de convertirme en contraamaestre, por aquella querencia marítima que mi padre me inculcó; otro día, con la intención inamovible de ser un cirujano experimentalista, por el prestigio que infundían a la perversidad las películas protagonizadas por el doctor Frankenstein y por otros caballeros de ciencia escorados a la locura, y al día siguiente barajaba la utopía de montar algún negocio inaudito en quién sabe qué selva inexplorada para hacerme rico y vivir a mi aire.

Creo —lo creo hoy— que la decisión de mi madre de apartarme de los estudios tuvo tanto de drástica como de dramática, de trampa dramática más bien, de propensión suya al patetismo, ya que tampoco pasábamos apuros irresolubles, y niños más pobres hubo que se titularon de bachiller. Sólo con haber vendido sus cosas de oro, el problema se hubiese resuelto, y conste que no lo refiero como reproche, sino desde la perplejidad. Incluso el cura Gandía fue a hablar con ella para cantarle las virtudes de la formación salesiana, tan útil para la vida terrenal como

para la de ultratumba, pero mi madre se enrocó en su patetismo: «Somos pobres». Tanto se empeñó en teatralizar nuestra pobreza, que no dudaba en mandarme de vez en cuando a la sede del Auxilio Social —con aquel rótulo en que una mano clavaba una flecha en la garganta al dragón simbólico del hambre— a limosnear un bote de leche en polvo, y aquella mendicidad me avergonzaba menos por sí que por innecesaria.

Mal está que yo lo diga, pero fui un buen alumno desde muy pequeño, aunque nunca figuré en el cuadro de honor de mi clase ni logré entenderme con los arcanos del laúd cuando ingresé de meritorio en la rondalla, de la que me invitaron a salir al poco, por lo dicho anteriormente, y ahora me alegro, pues el padre Piñera, que era el maestro de música, resultó ser deseoso de chavalillos, hasta que abusó más de la cuenta de uno de ellos y el médico al que lo llevaron diagnosticó el origen escandaloso de la lesión. A Piñera lo castigaron con un traslado a un colegio de Galicia para que pudiese seguir enseñando música. A raíz de aquello, los niños de la rondalla adquirieron un aura de martirio y de impureza, y el asunto ascendió a tabú.

Uno de aquellos niños estigmatizados se llamaba Sergio Bernal, que, a pesar de ser muy frágil de constitución, era muy poderoso de mente, y por tanto el primero de la clase, rango que él llevaba con el despego propio de los melancólicos de nacimiento. Sergio Bernal no tenía la cabeza grande, pero llegamos a la conclusión colectiva de que tenía la cabeza grande y le decíamos «cabezón», ya que estábamos en la edad de los malos sentimientos en su estado más puro. Un día, el maestro nos leyó una redacción del niño Sergio como paradigma de la buena escritura y de la hondura del pensar: «En la naturaleza no existe el cuadrado. No son cuadrados los continentes ni los mares. Las piedras no son cuadradas. No son cuadradas las plantas ni la cabeza de los seres humanos...». En el recreo, nos bur-

lamos de él a cuenta de aquellas cuadraturas y le dijimos «cabezón» y «cabeza cuadrada».

Sergio Bernal llegó un día a clase muy pálido, y pálido se quedó hasta que, al cabo de un par de meses, se puso verdoso, y verdoso salió un día del colegio para no volver, y verde, por lo visto, se murió. Su pupitre quedó en la clase como un hueco trágico, como el túmulo venerable de un niño sabihondo que puso al cuadrado en evidencia, en su justa dimensión de artificio, y nadie quiso ocuparlo, a pesar de estar en la primera fila, que era la más codiciada por los pelotas.

«Hace mucho, muchísimo tiempo, no había tierra, ni agua, ni plantas, ni animales, ni Sol, ni Luna, ni nada de lo que ahora vemos. Sólo existía Dios. Dios ha existido siempre», según la enciclopedia Álvarez («Intuitiva, sintética y práctica»), que era la que manejábamos para casi todas las asignaturas. Comprendí que el mundo iba a ser un lugar complicado: la artesanía minuciosa de un Ente eterno, fabricante y propietario del Sol y de la Luna, fabricante y dueño de nosotros, los destinados a la muerte para luego resucitar en otro mundo aún más complicado que este de aquí, y le confieso que le cogí gusto a la cosa difusa del pensar, que suele ser la distracción del solitario, y llegué a dedicar un cuaderno a mis anotaciones de desentrañador infantil de todas las metafísicas imaginables, del tipo: «Si Dios existiera, ocuparía un sitio mayor que el universo», pongamos por caso. Siempre me había entretenido además el hacer cuentas, sumergirme en el enigma mecánico de las ecuaciones, resolver las reglas de tres, y casi nunca cometía faltas en los dictados, pues me avenía bien con la ortografía, y me las ingeniaba para dar vuelo de imaginación a las redacciones de tema libre, en fin, y me divertía también el estudio de la historia embrollada de las civilizaciones, con sus emperadores y sus cosas. Pero, comoquiera que las circunstancias acababan marcando el rumbo de las aspiraciones, entré como

dependiente en el Bazar Grumete, donde los útiles de fontanería se mezclaban con los flotadores y con las gafas acuáticas, los tornillos y alicates con las porcelanas de blanca fragilísima, los monos de faena con las figuras de barro del belén y con los indios y pistoleros de plástico. La ley prohibía que un niño de trece años entrase a trabajar, pero ¿quién mejor que un niño para saltarse las leyes a piola?

La primera mañana que salí para el Bazar Grumete, con un guardapolvo azul que me dio el dueño cuando se cerró el trato, mi madre salió llorando —esa vez sí— para la pescadería.

En el Bazar Grumete no había ninguna figura de grumete, pero había un maniquí vestido de buzo, que estaba allí de adorno.

Hubo en mi infancia, por cierto, un ahogado, su leyenda: la marea lo arrojó a la playa, en pleno mes de agosto, con los ojos comidos por los peces, según contaban los narradores populares del género de terror; con los brazos llagados, blanquecino y fantasmal como una niebla. «La mar no enterra a nadie», sentenció mi padre cuando se divulgó el suceso.

Tras la mirilla de cristal del casco de latón y cobre, el maniquí del bazar miraba al frente con sus ojos de muñeco lírico y subacuático. En cambio, las cuencas vacías de los ojos del ahogado de verdad debían de mirar —digo yo— la nada por dentro.

En nuestros veranos de seres casi anfibios, a los niños nos mentaban al ahogado como advertencia cuando íbamos a bañarnos o a mariscar cangrejos y camarones, y el Ahogado, ya con su mayúscula de personalización, flotaba en nuestras visiones blanco y mordido, con cara de muñeco del trasmundo de los muñecos, inerte en una escafandra de juguete y de angustia, porque liaba uno las

imágenes: yo miraba el buzo del bazar como si fuese en realidad el Ahogado, pero el caso era que el maniquí sonreía como si no estuviese muerto y mordisqueado por los peces, con su peluquín negro y su mueca rígida de embalsamado feliz. A veces, muchas veces, yo soñaba con naufragios y con marineros difuntos. Con tempestades.

Estuve trabajando casi dos años en el Bazar Grumete, bajo aquellas bombillas de luz aceitosa que daban una pátina leve de purpurina a los clavos y palustres, a los cubos de aluminio y a las figuras de porcelana que los pobres compraban a plazos para satisfacer quién sabe qué nostalgias palatinas.

García de Quirós, el propietario, era un hombre de condición afable, aunque a veces andaba demasiado perdido en sus adentros, lo que para un comerciante supone lo mismo que para un filósofo el hecho de andar perdido hacia el afuera. Mi jefe coleccionaba insectos, que clasificaba al tuntún, ya que carecía de ínfulas y de saberes de entomólogo y se limitaba a acumular los bichillos que atrapaba por el simple gusto de convivir con aquellas miniaturas de engendros, o tal vez por el gusto de sentirse un poco científico. Su única guía era el volumen dedicado a los insectos de la Biblioteca de Iniciación Cultural de la editorial Labor, y con aquella instrucción se bastaba, pues el afán de ir más allá le hubiese abierto sin duda un camino sin fin y sinuoso. «Fíjate bien, Antoñito: si este escarabajo, en vez de tener el tamaño de un botón, midiese dos metros de altura, entonces ¿qué?». Y yo exclamaba «Uf», para darle a entender mi pavor ante aquella conjetura preocupante.

En la oficina del bazar se mezclaban las facturas clavadas en un alambre con los insectos traspasados por alfileres. «Figúrate una mantis de veinte kilos», y yo exclamaba «Uf».



Mi madre dispuso de pretendientes formales en cuanto enviudó, pues los necesitados de amores no pueden respetar ni siquiera a los difuntos, por recientes que sean, por vivos —a su manera— que sigan, pero ella optó por aplicarles una especie de desprecio esperanzador, haciéndoles algún caso para al final no hacerles ninguno. Sus enamorados iban a la pescadería a charlar con ella, que a veces los volvía invisibles y que otras veces les daba expectativas, supongo que porque aquel equilibrio galante procuraba distracción a su viudedad o quizá por el mero gusto de saborear una forma como cualquier otra de poder. Por aquel entonces, a pesar del luto, ella era de fachada alegre, aunque de interior creo que muy melancólico o tal vez muy melodramático, con un no sé bien qué de gran dama humillada por las irresponsabilidades de la realidad, orgullosa de su genealogía imaginaria, aficionada a los abalorios vistosos y a los perfumes intensos para camuflar el olor a pescado. Le guardó el luto a mi padre mientras pudo, hasta que una noche se vistió de colores y se echó a la calle. Y vinieron muchas noches más. Se pintaba. Se teñía: a veces de un rubio oro, a veces de un oro ful. Empezó a usar un perfume que parecía una ráfaga oriental de inciensos quemados. Algunos fines de semana me dejaba en casa de mis abuelos paternos, y mi abuelo Raúl, el que tenía la tienda de tejidos, reñía con ella a causa de sus salidas, que desembocaban en los bares frecuentados por la soldadesca de la base norteamericana, lo que suponía el veneno más expeditivo para la reputación de las nativas. «¿En qué estás pensando tú?», le preguntaba mi abuelo con la rabia de quien pregunta en vano, pues mi madre o bien no pensaba en nada en concreto o bien no soltaba prenda de lo que pensaba, hasta que llegó el día en que salió de la casa de sus suegros dando un portazo y se rompió el lazo del parentesco político, lo que tuvo como consecuencia inmediata el que mi abuelo Raúl dejara de pasarle aquella calderilla más o menos mensual que oxi-

genaba un poco nuestras cuentas, que eran un puro restar y dividir. Para que el castigo a las disipaciones de mi madre alcanzase una grandeza bíblica, también dejó de darme el duro que me ponía solemnemente en la mano de siglo en siglo con la pena de quien se arranca un ojo, pues nunca fue mi abuelo Raúl de hacerse querer, por esa cosa que tenía de refunfunarle incluso a lo invisible. Pasado un tiempo, aquel conflicto familiar se medio resolvió, así fuese para dar origen a otro conflicto más grave, según le contaré más adelante, cuando vayamos cogiéndonos confianza.

En sus rondas de noche, mi madre conoció al sargento Wharton, que era de Oregón. Fue el más firme de sus amores casuales, ya que lo llevaba con frecuencia a casa y a veces se quedaba a dormir, aunque mi madre se permitió la prudencia de arrancarme el juramento —antes del portazo célebre— de no mencionar al sargento en presencia de mi abuelo Raúl, que no podía ser fervoroso de aquellos cosmopolitismos del corazón, por lo que antes apunté.

El sargento Wharton me regalaba golosinas extranjeras, bolígrafos y cuadernos con insignias militares. Una vez me regaló un cuarto de dólar de plata. Otra vez me regaló un guante de béisbol. Ni mi madre hablaba inglés ni el sargento hablaba español, pero se entendían a su manera, que tal vez no era la mejor de las posibles para asentar el brebaje revuelto de las pasiones, que siempre acaban necesitando un poco de oratoria. El sargento la llamaba Mini, y ella lo adoptó como nombre oficial, sobre todo —imagino— a partir de ciertas horas de la noche, ya que en el mercado de abastos todo el mundo seguía llamándola Herminia. A veces, mientras el sargento estaba en la cama con mi madre, yo hurgaba en su cartera y le sisaba un billete pequeño. Llegué a acumular un centenar de dólares antes de que el sargento Wharton desapareciese de nuestra vida, en parte porque supongo que lo lógico era que desapareciese, al ser la esfumación la deriva natural

de casi todos los caballeros andantes, y en parte porque lo destinaron a la base de Sigonella, donde mi madre le perdió la pista tras recibir algunas tarjetas postales con menos palabras que dibujos de corazones.

Tras la partida del sargento, la Mini de las noches alegres anduvo un tiempo arrastrando su añoranza como quien arrastra el cadáver de un gato, con una especie de brochazo de sombra en la expresión, de la pescadería a la casa, sin teñirse, pero al poco volvió a sus nocturnidades ilusionadas, como consecuencia de lo cual fueron entrando en nuestra vida, por este orden, el soldado Ferguson, que era rubio y fue fugaz; el sargento mayor Palechuk, del abnegado cuerpo de marines, que hablaba a gritos incluso cuando regalaba palabras de amor y que tenía los brazos tatuados con figuraciones enmarañadas; un tal Robbie, que duró lo que dura la visión de un ectoplasma en un espejo, aunque le compró a mi madre un frigorífico, y, por último, el alegre soldado Jim Ford, negro de Memphis, que el día en que salió de nuestra casa con la intención de no volver estrelló en el suelo el cisne de porcelana que adornaba el mueble de la entrada. Si hubo más militares, no me consta: estos son los que yo vi.

Mis ahorros, tras aquel desfile de soldados, ascendieron a unos doscientos dólares, y aquella acumulación de fortuna acabó resultándome un problema, pues no sabía qué hacer con ella aparte de contarla y de mirarla, como dicen que hacen los avaros.

Uno de los grandes acontecimientos de aquella época fue la instalación, en el bar Angarito, de una máquina de pe-tacos: la Ana Bond.

Ana Bond estaba representada en el cabezal como una muchacha pelirroja con un vestido verde muy ceñido, con las piernas desnudas desde el nacimiento de los muslos interminables, con pechos de remate puntiagudo, con unas

aletas de submarinismo y recostada sobre un descapotable rojo. Esa era Ana Bond.

El día en que llegó aquel armatoste luminoso, todos los chavales del barrio nos congregamos en torno a él, fascinados por aquella ingeniería nunca vista y por la imagen de Ana Bond, que se nos coló de inmediato en los sueños que no pueden contarse. Costaba creerse tanta magia: echabas una moneda en la ranura y las luces avivaban su velada caótica, llevabas hasta el tope el percutor, lo soltabas y la bola emprendía su recorrido ciego por los túneles, estrellándose contra las setas sonoras y parpadeantes, cayendo en el agujero propulsor para enseguida volver de un brinco al juego y seguir puntuando, mientras Ana Bond nos miraba con la sonrisa de las entelequias peligrosas.

En cuanto tenía un rato libre y una moneda en el bolsillo, salía escopetado para el bar Angarito. Cuando jugaba alguien, los demás nos quedábamos observando las incidencias de la bola con la reconcentración de unos astrólogos que estudiasen el recorrido imprevisible de un asteroide de acero. «Uy».

Con aquella máquina nos llegó a muchos, en fin, el futuro, quizá porque futuro era lo que más nos faltaba por entonces —y no digamos después, ya que íbamos de antemano para tropa anónima del mundo—. «Uy».

Con el paso de los meses, fuimos cogiéndole el tranquillo al juego y hacíamos partidas sin parar, y aquello dejó de ser rentable para el dueño del bar Angarito, que jubiló a Ana Bond y la sustituyó por la máquina Dakota, en cuyo panel un sheriff traspasaba de un balazo una baraja de cartas que volaba por el aire.

«En cuanto las cosas se pongan mejor, volverás al colegio y serás por lo menos abogado de ricos, o lo que tú quieras», me aseguraba mi madre cuando le daba por dibujar castillos encantados en el viento. Pero yo estaba bien en el Bazar Grumete, de dependiente para todo, despachando

alcayatas y latiguillos, palustres y pernos, santos de escayola y manivelas, y la verdad es que me desenvolvía como un autómatas en la localización de los materiales menudos en los centenares de cajones que componían el estante central y en los centenares de cajas que se acumulaban tanto en la trastienda como en el almacén, pues aquel comercio tenía mucho de laberinto de la utilería y de los objetos decorativos para pobres. Mientras tanto, García de Quirós parecía envejecer ostensiblemente a cada hora que pasaba, como si el tiempo le durase la mitad que al resto de la gente, embelesado con su colección de bichos, aterrado ante la posibilidad de que las hormigas hubiesen medido cuatro metros de altura, ya que era de temerle muchísimo a lo imposible.

Mi patrón tenía, como cualquiera, sus días malos, y me temo que eran malos sobre todo para él mismo, al ser de natural afable, como ya le dije, más dado a las nostalgias sin origen ni rumbo concreto que a los golpes de ira. Pero los tenía: todo estaba mal, todo lo hacía yo mal y el mundo era una mierda tan grande como el mundo. Se encerraba en la oficina y se ponía a gesticular y a dar voces, en un soliloquio de amargura. Era la puesta en escena de su aflicción secreta. La dramaturgia, en fin, de su congolja: volaban invariablemente algunos papeles, daba portazos, a veces llamaba por teléfono a algún proveedor para romper relaciones comerciales, por disconformidad en los precios o en la calidad de los suministros. Al rato se calmaba, volvía al mostrador con aire de avergonzado, de deshonrado por cuenta propia, y se ponía a hablarme de algún insecto de los suyos, como un discurso tangencial de arrepentimiento, para darme a entender, imagino, que aquellas tormentas del carácter le sobrepasaban la voluntad. Yo, cada vez que le salía del adentro aquella cosa, le robaba algo: un puñado de tornillos o de alcayatas, unos pernos... Género sin apenas valor, pero que establecía a su modo un equilibrio entre las recriminaciones arbitrarias que recibía yo y lo

injusto de aquellas recriminaciones. Incluso me atrevo a suponer que mi jefe, de haberse percatado de mis escamoteos, me hubiese aprobado la conducta, ya que las pérdidas insignificantes en el monto de la mercancía representaban para él, sin él saberlo, una suerte de expiación.

Todo lo hurtado lo guardaba, junto a los dólares, como un botín de guerra, en una de esas latas con escenas chinas en que vendieron durante una temporada el Cola-Cao.

«Imagínate una cucaracha del tamaño de un bogavante», y en aquellas desfiguraciones andaba día tras día mi jefe, abrumado por conjeturas que aliaban las distopías científicas con la aritmética disparatada de sus terrores, fiel a su método de añadir una longitud potencial a unos pobres bichos para convertirlos en monstruos. («Imagínate un saltamontes mayor que un...».) En los ratos de aburrimiento, que los había, me aficioné a estudiar el mecanismo de las cerraduras y a abrirlas sin llave.

Por el bazar se pasaba casi todas las tardes don Elías Armenteros, farmacéutico jubilado y artesano a la vejez, que tenía la particularidad de hablar siempre en sentido figurado, con recovecos abstrusos: «Si usted arroja una piedra a un río y pasa por allí al cabo de veinte años, la piedra ya no estará donde cayó, y si estuviera no sería la misma piedra, a pesar de ser la misma piedra, ni el río sería el mismo río, siendo el mismo, ni usted sería usted aunque se llame igual, ¿me explico?», le decía a mi jefe, y otras muchas cosas de ese estilo y trascendencia, como una especie de Heráclito a la pata la llana, y mi jefe asentía, no sé si porque atinaba a descifrar el simbolismo contenido en aquellos arcanos o por seguirle la corriente. Don Elías se había aficionado tras su jubilación a la hechura de pequeñas piezas escultóricas apañadas con tarugos de madera y con elementos de ferretería, en plan vanguardia. Compraba tuercas, manijas y remaches y montaba sus artefactos, que

luego regalaba a discreción, imagino que por no tener dónde ponerlos, pues parecía disfrutar de una inspiración en cascada y no daba tregua a su inventiva, desdoblada entre lo mecánico, lo maniático y lo artístico. «Mire usted, Quirós, lo inalcanzable no es lo imposible, sino simplemente lo que está un poco lejos», y con aquellas filosofías más o menos presocráticas tiraba él, y mi jefe le daba la razón sin condiciones, aunque luego, cuando aquel artista tardío salía por la puerta, solía exclamar: «¡Qué bufón!».

También se dejaba caer por allí a diario el mendigo Salitre, que así le llamaban, siempre con una expresión de acabar de haber visto al dragón de las siete cabezas. Llegaba Salitre, extendía la mano y mi jefe, sin mediar palabra, le ponía en la palma una moneda de dos reales, que era su patrón de caridad. Unos años más tarde me enteré de que a Salitre, cuando la guerra, lo tuvieron preso durante varios días en un polvorín de Punta Candor junto a un camarada muerto y que a consecuencia de aquello su razón perdió la tierra firme, de manera que el pensamiento le oscilaba un poco más que al resto de la gente, hasta el punto de dividir sus días entre los malos y los pésimos, y con motivo: si alguien sueña despierto con cadáveres, más vale no imaginar con lo que sueña al dormir. Según murmuraban algunos, mi jefe tuvo algo que ver en aquel cautiverio, y las visitas de Salitre al bazar podían interpretarse como una extorsión silenciosa, aunque no puedo certificar ni lo uno ni lo otro, pues a veces el río del infundio suena sin fundamento alguno, por decirlo a la manera del farmacéutico.

García de Quirós me comentó un día que tenía planeado traspasar el negocio más pronto que tarde, pero que no me preocupara, ya que mi puesto entraría en la negociación con el nuevo regente. «Tú ya manejas esto mejor que yo», y era verdad, pues a mi jefe le suponía un quebranto de cuerpo y de alma no sólo transportar y distribuir la mercancía, por ligera que fuese, sino incluso

acceder a la que se almacenaba en las baldas que no le quedasen a la altura del pecho. Se le veía tan consumido y debilitado que incluso sus arrebatos de malhumor adquirieron un cariz más cómico que intimidatorio. Aparte de eso, iba perdiendo vista y tenía que recurrir a una lupa para contar las puntillas y las tachuelas y para repasar los albaranes: «¿Qué pone aquí?», ya que a veces hubiera necesitado menos una lupa que un microscopio para llevar las letras a la escala de lo gigantesco, como lo eran en su imaginación los odonatos y los coleópteros.

«Todos los caminos se acaban, Quirós, y somos un camino», según le consolaba —o le apuntillaba tal vez— don Elías, el oráculo de las indefiniciones metafóricas.

Un día de tantos, mi jefe cayó enfermo y ya no salió vivo de su casa. Su viuda y su hijo, que ejercía de veterinario en Trebujena, traspasaron, como estaba previsto, el bazar, pero el puesto lo perdí, pues la propiedad pasó a manos de un padre y un hijo que se bastaban para afrontar la tarea, que no era precisamente de andar sin aliento.

García de Quirós había dejado dicho a su mujer que me entregara un sobre. Había en él algo de dinero, a modo de finiquito oficioso por mis casi dos años de servicio; el tomo de la Biblioteca de Iniciación Cultural y una carta en la que me nombraba heredero de su colección de insectos. «Reclámasela a mi mujer. Este documento tiene validez legal», apostillaba, receloso de que sus deudos se tomasen a chirigota sus disposiciones terminales. Aquella partida de insectos, la verdad, me daba un poco de grima, y en casa teníamos monstruos de sobra con el pescado. Aparte de eso, las locuras pequeñas resultan incluso más intransferibles que las grandes, ya que al fin y al cabo son locuras a medias: algo que está tan cerca de lo serio como de lo bufo, de lo descabellado como de lo discreto, y esa condición paradójica sólo la entiende —si la entiende— el dueño de la media locura en cuestión, de modo que qué iba a hacer yo con aquel muestrario de cadáveres, más allá de



solazarme en el repelús, que es algo para lo que hay que tener el sentimiento muy echado a perder. Decidí en un principio no reclamar nada, aunque, al final, por respeto a la voluntad desvariada y altruista de mi exjefe, le enseñé la carta del difunto a la viuda, a la que librarse de aquel fardo le debió de parecer lo inmejorable. Empaqueté todo en cajas, las trasladé a un descampado próximo a la estación de ferrocarril en la carretilla de mano del bazar, que amablemente me prestaron los nuevos dueños; amontoné ramas y broza, empapé en alcohol el tomo de la Biblioteca de Iniciación Cultural y prendí fuego a mi herencia extravagante, para que aquellos seres desdichados que constituyeron la fantasía recreativa de García de Quirós alcanzaran no sé si el reposo, porque reposar ya habían reposado lo suyo, pero sí al menos la inexistencia definitiva, a la que todos tenemos derecho, así seamos un escarabajo. Me entretuve en observar el humo de la fogata y me dio por imaginar que todos los bichos quemados formaban en el aire un engendro negro y serpentino.

Aquella colección de insectos es lo único que he heredado en mi vida, por las circunstancias que algo más adelante le expondré.

Tras mi salida del Bazar Grumete, estuve varias semanas ayudando a mi madre en la pescadería, no porque me lo pidiera, sino porque me ofrecí, a pesar de lo penitencial del ofrecimiento: vuelta a aquellos olores, vuelta a la conglomeración de ojos aterrados, pues la verdad es que el mostrador parecía el cesto de los artículos defectuosos de una fábrica de ojos de cristal.

Daba una vuelta por las tardes solo o con quien me encontrara, y los chavales ociosos acabábamos reunidos casi siempre en la estación de ferrocarril, donde había poco que hacer, de modo que no hacíamos nada, aparte de fumar, como si esperásemos la llegada no de un tren,

sino del Tiempo. Fumando. Otras veces pasábamos horas y horas apoyados en el pretil de la muralla de contención —a la que la gente llamaba el Mirador del Demonio—, viendo nadar las ratas entre los sacos y bolsas en que la gente arrojaba a aquel mar de pesadilla las camadas de gatos o de perros recién nacidos, que se agitaban durante unos minutos y luego vagaban inertes entre las inmundicias y la espuma parda que acumulaba allí la marea. Para que nadie viviera en el paraíso, apedreábamos a las ratas. A veces me metía en el cine, a ver lo que pusieran, aunque mi predilección iba entonces por las películas de vampiros y de anomalías en general que echaban, desde principio de junio hasta mediados de octubre, en el Playa Cinema, que era algo así como el consulado del país de los espantos y los yuyus surtidos en nuestra localidad. Su kiosco de golosinas lo atendía, por cierto, Esperancita Gil, la hija del portero, ojerosa y muy pálida, con mirada de ángel muerto y vestida de luto por su madre. Yo era un chaval de fondo romántico, aliado de la noche y la ultratumba, y me enamoré de ella, aunque jamás me atreví a sugerirle sentimientos cuando iba a comprarle algo y ella me servía con una resignación de doncella transilvana encerrada en la torre maldita de los altramuces y de las piruletas. Cuando digo que me enamoré de Esperancita Gil no estoy sugiriendo que quisiera nada con ella, sino exactamente eso: que me enamoré de Esperancita Gil, de su aura fúnebre. A esas edades, las cosas suelen ser muy sencillas y a la vez muy complicadas, ya que te enamoras de alguien sin saber con qué intenciones ni con qué ilusiones te enamoras. (El paso del tiempo corrige, por supuesto, ese trastorno de pureza: te enamoras de una persona con la idea predominante de follártela lo antes posible, y que luego venga lo que tenga que venir, si es que algo viene, y si no viene nada pues casi mejor.) Para dárme las de macabro, le solía comprar a Esperancita un chicle Cosmos de los negros, igual que sus ojos, igual —imaginaba yo— que su alma.